

Friedrich Katz:

Encomio de la amistad

Enrique Semo

A menudo las amistades nacen de encuentros fortuitos y con el tiempo se convierten en fértiles complicidades. En este discurso pronunciado por el sociólogo mexicano Enrique Semo en la Universidad de Columbia durante el homenaje a Friedrich Katz (1927-2010) el 4 de noviembre pasado, el autor de Viaje alrededor de la izquierda y de la Historia del capitalismo en México, entre otras obras, recorre los pormenores de una amistad intelectual y familiar, y exalta con justicia la figura de Katz, cuyos libros —que incluyen títulos como La guerra secreta en México y Pancho Villa— han iluminado con sabiduría la comprensión de la historia de nuestro país.

Mis primeras palabras van dirigidas a la familia de Friedrich Katz con quien mi familia y yo hemos convivido intensamente en algún u otro momento de nuestras vidas. Jana, su esposa de toda la vida, que en una de las últimas conversaciones que tuve con ella, me decía que no tiene ningún malrecuerdo de Friedl y eso es mucho decir de un marido con quien se ha compartido más de medio siglo de vida. También dijo que durante los meses de su enfermedad hasta que estuvo consciente nunca se quejó ni expresó la desesperación que sobrecoge a muchos ante la presencia obstinada de la muerte. Yo tengo la misma impresión de los días que pasamos juntos en Filadelfia. Resolvimos los problemas del mundo, hablamos de historia y de nuestras familias, incluso hicimos

uno que otro plan sobre el futuro. Comparto la pena de Jana quien deberá rehacer su vida rodeada de recuerdos imborrables.

A Leo, el hijo mayor, portador del nombre del abuelo, profesor universitario, que tuvo con Friedrich relaciones de niño, adolescente y adulto, periplo no siempre fácil y que demostró un gran cariño y nobleza de carácter.

A Jackie, que siempre le dio el cariño que se espera de una hija y cuyo comentario más reciente lo calificó como el mejor de los padres.

Y a sus nietos que lo extrañarán mucho.

A su duelo agrego el mío y el de Margarita, mi esposa. Siento lo que siente un viejo camarada por el deceso de su mejor amigo con quien había compartido ideas,

trabajos y días llenos de cariño, de agradecimiento, de acuerdos y desacuerdos, desde la adolescencia.

No repetiré la información autorizada y la valoración de la vida y obra de Friedrich Katz que John Coatsworth, John Womack Jr., Enrique Florescano, Cuauhtémoc Cárdenas, Peter Guardino, Brígida Von Mentz, Carlos Martínez Assad y Mauricio Tenorio hacen en el primer capítulo de *Revolución y exilio en la historia de México*, en gran parte nueva y a veces original para mí.

No es sino hasta ahora que me doy cuenta cabal de lo que nos unía tan fuertemente y de lo que ahora me hace sentir un vacío que no tiene remedio. Katz y yo éramos de esta generación de sobrevivientes que Amos Oz describe tan finamente en su novela autobiográfica *A Tale of Love and Darkness*. Es una amistad basada en las mismas experiencias dramáticas vividas desde niños. Del enfrentamiento con ellas y de la capacidad intelectual y física de sobrevivir, de no perder la vida, la dignidad, ni la esperanza.

Mi primer encuentro con él fue el de dos adolescentes emigrantes. Él había llegado a México expulsado de Alemania, Francia y Estados Unidos en 1940. Yo arribé en el barco Santomé, de Lisboa, después de haber sido expulsado de Bulgaria y de una estadía precaria de dos

años en Marsella, la gran Casa Blanca del sur de Francia. Mi padre, mi madre y yo habíamos salido de Marsella en junio de 1942 y los alemanes invadieron la parte no ocupada de Francia en noviembre del mismo año. Es decir, salimos de ahí cinco meses antes de una muerte segura. El niño refugiado de guerra tiene una psicología especial, una psicología que se construye sobre el recuerdo de imágenes de varios países violentamente sobrepuestas y de una terrible inseguridad que crea el cambio constante en medio del peligro. No éramos como todos los niños. Comentábamos con sorpresa el equilibrio, la serenidad, la capacidad de gozar el hoy sin hacerse preguntas sobre el mañana de los niños de clase media mexicana con los que estábamos en contacto. ¿Cómo se produjo el encuentro? Yo era miembro de una organización socialista sionista que existe hasta hoy y se llama *Hashomer Hatzair*, “El joven guardia”, que tenía por objetivo crear en Israel comunas agrícolas totalmente igualitarias y luchar por un Israel socialista. El adolescente Friedl era hijo de comunistas militantes. Pero su mamá en su primera juventud había sido miembro de esa organización, como lo recuerda Womack e incluso —dicen sus familiares— fue novia del que después sería su dirigente principal, Meir Yari.

Como entre los refugiados alemanes había pocos niños de su edad, sus padres decidieron que mientras tanto participara en esa organización. Y así vino mi amigo con su acordeón en el cual tocaba sobre todo canciones revolucionarias de la Guerra Civil española: “Los cuatro generales”, “La quinta brigada”, etcétera, a participar en campamentos y actividades sociales. Un clic se produjo, aun cuando yo era tres años más joven y como sucede frecuentemente a esta edad y en esa condición de transterrados, floreció la amistad. Compartíamos la pasión por la lectura y éramos partidarios de la polémica. Los temas eran Marx, el socialismo y el destino de los judíos que recién habían sufrido el holocausto, del cual nos salvamos por una de esas suertes que desafían las probabilidades estadísticas. Rápidamente noté la amplitud de horizontes de mi amigo y la riqueza de la cultura judía libertaria del centro de Europa donde había crecido. Yo era hijo de una familia búlgara de clase media en la cual existía gran admiración por la cultura alemana y austriaca hasta el año de 1933 cuando los primeros maestros nazis comenzaron a llegar a la escuela alemana de Sofía. Friedrich tenía entonces veinte años, había sido educado en la atmósfera de la tradición libertaria a la cual pertenecían George Lukács, Erich Fromm, Walter Benjamin, Franz Kafka, Martin Buber y más tarde Eric Hobsbawm. Además en su familia se hablaba el yiddish y yo pertenecía a otra familia en la que se hablaba el *judezmo* o *ladino* (el antiguo español). Mi padre era de Russe o Ruschouk, como se llamaba la localidad durante el imperio otomano, situada al borde



Friedrich Katz

del Danubio que miraba hacia Rumania y que estaba del otro lado. La cuarta ciudad de Bulgaria era famosa por su puente al país vecino de donde era originario el padre de Katz, Leo.

A algunas cuadras de la calle en que vivía la familia Semo, había una rica familia judía de apellido Canetti, que no sabía que en los primeros años del siglo xx estaba ya cobijando a un niño que sería más tarde Premio Nobel: Elías Canetti, quien fue educado por su madre, poseedora de una amplia cultura literaria alemana, y que nunca logró hablar bien el búlgaro.

Las coincidencias eran muchas y nos seguirían durante toda la vida. El padre rumano y el búlgaro. La cultura judía centroeuropea. Mi amigo era marxista y socialista y yo también. Su socialismo era diferente al mío, pero no excluyente, posiblemente por el pasado de la madre. Para los dos México significaba la vida y la libertad, después de un pasado accidentado y peligroso. Para nuestros sentidos infantiles, su exuberancia tropical, su cultura exótica, su ambiente posrevolucionario ejercía una fascinación profunda. Aún no habíamos fijado nuestra vocación pero el *weltanschauung* que nos servía de partida estaba determinado por ambientes y experiencias similares.

Cada uno siguió su propio camino: yo me quedé en México, me hice su ciudadano a los veintiún años, y tuve mis primeras experiencias académicas y políticas en el país. Estudié marxismo afanosamente y participé en la izquierda revolucionaria mexicana. Friedrich en cambio, regresó a Europa y tuvo un itinerario bastante diferente. Estudió en Austria, escribió una tesis sobre la economía y la sociedad aztecas que había de hacer historia.

En 1954 él fue a la República Democrática Alemana, atraído por el socialismo, a terminar sus estudios e iniciar su carrera académica, porque no tenía la seguridad de que podría hacerlo en una Austria en la cual todavía el antisemitismo era fuerte incluso en el ambiente académico. En 1956 aceptó una plaza como profesor del Departamento de Historia de la Universidad Humboldt de Berlín.

Y la casualidad quiso una vez más juntarnos. En 1967 el gobierno de Díaz Ordaz inició una campaña preventiva contra intelectuales socialistas, pensada para impedir lo inevitable: las protestas en plena Olimpiada que debía tener lugar en 1968. De esa campaña fueron víctimas el licenciado José Luis Ceceña, el caricaturista Rius (Eduardo del Río) y yo mismo. Después de una serie de hostigamientos policiacos, secuestros, golpizas y simulacros de fusilamiento y ante la imposibilidad de continuar normalmente mi trabajo, me fui con una beca de la República Democrática Alemana a hacer mi doctorado en ese país. Estando todavía en Leipzig, estudiando alemán, oí que mi amigo de la adolescencia era todo

un *Herr Professor* de la Universidad Humboldt de Berlín. Me comuniqué telefónicamente con él y la amistad comenzada a los dieciséis años se reanudó a los treinta y siete y otra vez se produjo el clic, pero ahora con un Katz casado con una hermosa vienesa y con dos niños entre sabios y traviesos con los cuales mi familia hizo amistad inmediata. No tengo palabras para expresar la manera en que Friedl recibió a ese exiliado político que había llegado a un país desconocido. Al pasar los días nos sentimos arropados, orientados, queridos, apoyados por los Katz. En mi caso, Friedl influyó en mi destino. Inicialmente pensaba estudiar en la Escuela Superior de Economía Política de la RDA. Katz me convenció de irme al Departamento de Historia en el cual él trabajaba. Además, considerando que yo llevaba cinco años dando clases en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, podría enseñar historia de México y América Latina al mismo tiempo que hacía mi doctorado y así podía aumentar mis ingresos. Mirando hacia el pasado, me doy cuenta de la influencia bienhechora de Katz, porque en la Escuela de Economía Política reinaba un dogmatismo cerrado e intransigente, mientras que en el grupo al que me introdujo Katz y que estaba formado básicamente por Manfred Kossok, Zeuske y algunos más, había un ambiente abierto a pesar de la estricta censura oficial que existía sobre los profesores de universidad. Así fue como me salvé de un baño de dogmatismo que pudo haber acabado en graves conflictos.

Una vez más se reinició el diálogo político y académico con mi amigo. Ahora el tema era la RDA y el “socialismo realmente existente” o “realmente inexistente”. Los dos descubrimos que nuestro pensamiento había evolucionado en función del paradigma de que el cambio en los tiempos amerita no un regreso al pasado, sino un cambio en ideas vigoroso y alerta. No era simplemente una claudicación oportunista, era un frenético viaje de ida y vuelta al posible futuro y el problema básico era la evolución de los países llamados socialistas. Había en ellos un agotamiento, una incapacidad de cambio al ritmo de los tiempos, la momificación de un sistema político que se parecía a esta escena de los viejos cubiertos de polvo, sentados en la iglesia con la que comienza la película *El gatopardo*. Inclusive para continuar igual, los países del Este debían cambiar radicalmente y eso no lo entendían sus direcciones que vivían todavía sus victorias de la revolución rusa y china y de la Segunda Guerra Mundial, sin percatarse que el mundo de 1970 estaba entrando en una frecuencia nueva. En los años treinta había muy pocos países democráticos en la Europa Occidental, en los años setenta de un modo u otro todos lo eran. Sin democracia era imposible imaginar el socialismo. Él, era ya un socialdemócrata al estilo francés, yo acabaría siendo a partir de 1971 un eurocomunista a la Enrico Berlinguer.

Había un desacuerdo: mi amigo consideraba que un científico social debía abstenerse de participar directamente en política. Me insistía desde aquella época en que yo renunciara a la militancia y, cuando más tarde fui miembro del gobierno de Andrés Manuel López Obrador, se dolía sinceramente de las críticas que sobre mí llovían y me encarecía que dejara lo más pronto posible ese quehacer. Para mí en cambio la militancia y la investigación científica eran, como hombre de izquierda, dos caras de la misma moneda. Es cierto, la ciencia es la búsqueda de la verdad; y la política, la búsqueda del poder; dos cosas muy diferentes, pero el criterio de la verdad en la ciencia social es precisamente la práctica social.

Desde muy temprano leo y releo todo lo que escribe mi amigo y allegado Friedrich Katz. Y si yo tratara de sintetizar sus contribuciones personales a la historiografía mexicana no dudaría en enumerar como las más importantes las siguientes:

Hay en él, algo de la gran herencia de Von Ranke: *saber qué y cómo sucedió realmente*. En su *opus magnum*: *The Life and Times of Pancho Villa*, se libra una batalla titánica para distinguir del mito lo que realmente sucedió. Y Villa, más que ningún otro revolucionario, era, antes del libro de Katz, un inmenso mito sólo compa-

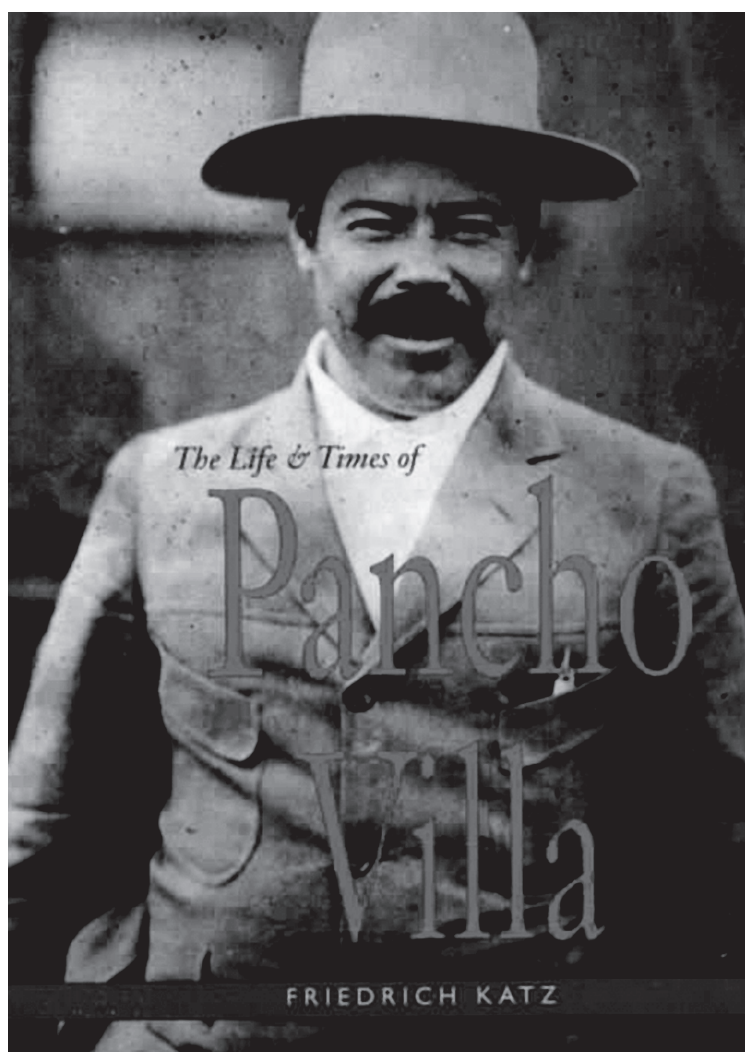
rable a los dioses prehispánicos con legiones de admiradores y de enemigos apasionados. Muchas veces sus preguntas tienen que ver con eso, lo que lo llevaba a un intenso y muy organizado trabajo de documentación. Y en ese sentido no había fuente que no mereciera su atención: desde los archivos de todo tipo, el conocimiento de los escenarios de la acción, hasta el arte y la cultura popular.

Fiel a la historia social, no busca la explicación de todas las acciones de los grandes personajes en la psicología de los personajes mismos sino que reconoce la importancia de los condicionantes económicos y culturales que están más allá de la conciencia de los actores. Biografía en el marco de la historia social en toda su complejidad. Este enfoque recorre toda su voluminosa obra.

Otra importante contribución es el uso de la historia comparada en búsqueda de lo universal y lo particular de la historia de México que comienza con *The Ancient American Civilizations* (1972), en donde Katz compara las civilizaciones mesoamericanas con las andinas. Y la voluntad persistente de sacar a México de su aislamiento nacionalista y colocarlo en el mundo al estudiar la acción de intereses extranjeros en la Revolución Mexicana o durante el periodo de Lázaro Cárdenas como *The Secret War in Mexico* (1981) y *El fascismo en América Latina*. Katz es sobre todo un historiador de las clases subalternas, y en eso constatamos la coincidencia con Marx, Thompson y Hobsbawm. Los campesinos, la clase subalterna más política de la historia de México, son temas recurrentes de sus escritos.

Hay obras que no tienen un hombre detrás de ellas. Los libros hablan mucho más que el autor. Esto no quita importancia ni grandeza a la obra en la medida que la tenga.

Y hay casos en que hay detrás de una obra una persona que es más grande que la obra misma. Éste es sin duda el caso de Friedrich Katz. Fue tutor paciente de cientos de alumnos en tres países: Alemania, México y Estados Unidos. Hombre modesto, de buen corazón, *charmeur* por naturaleza que hizo infinidad de amigos ahí donde estuvo. Quizá la esencia de su personalidad se trasluce en la actitud que hacia él tenían todos los niños y jóvenes que entraban en contacto con él. Un buen ejemplo es el de mis propios hijos. Todos ellos, Ilan, Alejandro, Alberto y Mariana tenían un gran cariño por él y se sintieron muy afligidos al saber de su muerte. Que descansen en paz el gran hombre y que sus obras inspiren nuevas proezas científicas y recorran el mundo cabalgando como el Centauro del Norte, aún después de su muerte. **U**



Discurso leído el 4 de noviembre de 2010 en el Homenaje a Friedrich Katz que tuvo lugar en la Universidad de Columbia, Nueva York.